

Presentación de la Virgen María

Lecturas: Za 2, 14-17; Sal: 1Sam; Mt 12,46-50

Homilía

La palabra de Dios que hemos escuchado es un anuncio de alegría.

El profeta Zacarías invita al pueblo de Dios a la alegría mesiánica porque el Señor está en medio de ellos. Esta alegría se expresa también en el Salmo tomado de 1Sam: Aquí se reconoce que la alegría se otorga a los pequeños y humildes, a la estéril y a los pobres. Pensemos en el anuncio de alegría dirigido a los pastores en el nacimiento de Jesús, y en las palabras del Señor cuando, en el ministerio público, exulta de alegría en el Espíritu Santo tras el regreso de los setenta y dos discípulos, y alaba al Padre porque «has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños».

Son palabras muy cercanas al *Magnificat* de María: la alegría de ser destinataria de grandes cosas hechas por Dios en ella, porque Dios miró su pequeñez.

El evangelio de Mateo relata la respuesta de Jesús a la búsqueda de su familia. El Señor se refiere a un nuevo tipo de parentesco con él, no basado en la sangre, sino en el seguimiento de la voluntad del Padre. El vínculo es distinto y por eso puede garantizar la verdadera alegría, que se encuentra en el encuentro con el otro.

En la oración colecta pedimos ser capaces de participar en la plenitud de la gracia, que es la vida misma de la Trinidad en nosotros y, por tanto, la fuente de la verdadera alegría.

Esta liturgia es una conmemoración de la Virgen María, a la que la tradición llama causa y fuente de nuestra alegría. Esta alegría tiene su origen en la salvación que viene de Dios, como canta el profeta.

Todo esto sucedió gracias al Sí de María a la voluntad del Padre.

Es muy agradable recibir este mensaje de alegría al final de nuestro encuentro. ¿Podemos experimentar y mantener viva la alegría en nuestro servicio como Ministros, o estamos condenados a estar siempre preocupados, agobiados y algo tristes? ¿Puede este servicio convertirse en una fuente de alegría para nosotros?

No tengo respuestas, porque corresponde a cada uno de nosotros asumir el ministerio de los hermanos desde dentro, desde nuestra interioridad en el camino y no sólo desde el exterior de los muchos problemas y desafíos.

El gozo pleno que anuncia Zacarías procede de la presencia del Señor en medio de su pueblo y brota así del templo del corazón de cada individuo y de la comunidad.

Creo que podemos vivir nuestro servicio como una posibilidad de alegría y no sólo de agobio, si cultivamos la relación con el Señor e intentamos vivir, pensar, sentir y actuar en el entorno vivo de la fe y el amor y no sólo en nosotros mismos.

Cultivar una relación con el Señor nos ayuda a no cerrarnos a los problemas y a valorar una lectura sapiencial de lo que ocurre en nosotros y a nuestro alrededor. El clima de alegría nos ayuda a no dejarnos aplastar por los problemas cotidianos, sino a mantener una distancia que nos ayuda e ilumina, ¡así como una buena salud del cuerpo y del espíritu!

Cultivar la alegría del espíritu nos ayuda además a no perder de vista el valor de mirar más allá de nuestros pequeños problemas cotidianos. De hecho, no podemos cansarnos de

mantener una mirada aguda hacia el futuro, capaz de anticiparlo, de mirar no sólo a la Orden y a la Provincia tal y como son hoy, sino tal y como serán y cómo están evolucionando y hacia dónde.

Pidamos al Señor la gracia de atravesar este tiempo difícil por tantas razones con la alegría del Evangelio, fruto de la operación en nosotros del Espíritu que llenó a María, la Virgen hecha Iglesia.